

Un General Argentino Preso en su Propia Casa

por Guy GUGLIOTTA

BUENOS AIRES, 6 de marzo (UPI).— El general Acdel Vilas vive en una agradable casa blanca de 2 pisos, en el tranquilo sector suburbano de Olivos a sólo 6 cuadras de la residencia presidencial argentina, y su experiencia muestra el alto precio personal que los militares argentinos están dispuestos a pagar por el éxito en su guerra contra el terrorismo y la guerrilla izquierdista.

El césped en la calle en que vive está bien cuidado y los arbustos podados. Todas las casas son diferentes y están bien pintadas. La calle tiene frondosa sombra.

Pero en esa cuadra no hay niños jugando en la calle ni padres de familia que conversan frente a sus casas. Por el contrario, la cuadra está bloqueada a ambos lados por cercas de acero. Frente a la casa de Vilas hay un jeep con varias antenas.

Los que van a la casa del general se encuentran de inmediato con 4 hombres armados de mirada adusta que desean saber cuál es el motivo de la visita.

Un hombre moreno con un pequeño bigote y brillante pelo negro coloca un proyectil en la cámara de su metralleta israelí Uzi cada vez que se acerca un extranjero. El objeto es intimidar y lo consigue plenamente.

Su compañero, vestido con pantalones oscuros y zapatillas de tenis, lleva en bandolera un fusil y un revólver automático en la cintura.

Los otros 2 permanecen más en la penumbra, también fuertemente armados.

EN LA NOCHE, MAS SEGURIDAD

Estos 4 guardias, su arsenal, su jeep especial y las cercas de acero en las esquinas de la cuadra constituyen el turno vespertino de vigilancia de la casa de Vilas. En la noche, las medidas de seguridad se aumentan.

El general Acdel Vilas, ex comandante de la quinta brigada de infantería en la provincia norteña de Tucumán, ex comandante de la quinta división del ejército en la sureña ciudad de Bahía Blanca, es un hombre marcado.

"Ha matado y ha puesto en la cárcel a más guerrilleros que ningún otro... Quiere su cabeza más que la de ningún otro", declaró un compañero de armas de Vilas.

El general Vilas, un hombre de 50 años, corpulento y de baja estatura, fue enviado a Tucumán en 1975, con la tarea de suprimir el Ejército Revolucionario del Pueblo que había estado en los últimos 9 años políticamente activo en la provincia hasta convertirse en el grupo guerrillero más poderoso de Argentina.

Vilas tuvo éxito en sus operaciones antiguerrilleras. Sus tropas libraron recia batalla en la montañosa región de Tucumán y, según cifras oficiales, mataron a más de 600 guerrilleros. Pero "había más", según un veterano de la campaña en Tucumán.

"Si secuestraban a uno de nosotros, nosotros secuestrábamos a uno de ellos, si mataban a uno de nosotros, nosotros matabamos muchos más", agregó.

Uno de los amigos de Vilas en el ejército dijo que el general "creía en la dedi-

cación total, siete días a la semana", pues los guerrilleros, "como todos los argentinos", no creen en el trabajo de fin de semana "y podíamos encontrarlos en sus bares favoritos en la noche del sábado".

"Decía que los guerrilleros también tenían a sus mujeres con ellos. Cuando las mujeres bajaban del monte, Vilas pronto descubría donde estaban los hombres", añadió el amigo del general.

Sus métodos y su reputación como un eficaz líder antiguerrillero le ganaron a Vilas el odio a muerte de todos los militantes izquierdistas argentinos. Para la revista guerrillera *El Combatiente*, el general pasó a ser simplemente "el chacal Vilas".

Transferido al presuntamente tranquilo puerto sureño de Bahía Blanca en 1976, Vilas descubrió focos de subversión entre los estudiantes universitarios, a lo que siguió nueva violencia.

Finalmente, en diciembre, el presidente Jorge Videla pasó a retiro a Vilas y a otros dos generales de quienes se sospechaba que estaban formando un movimiento derechista en oposición a la política más moderada de Videla. Los tres quedaron en disponibilidad, a la espera de órdenes.

PASA LOS DIAS EN SU CASA

Ahora Vilas pasa los días sentado en su casa rehusando entrevistas, pero viéndose con sus antiguos camaradas de armas y unos pocos vecinos.

"Quería una casa en una base en alguna parte para tener mayor libertad, pero Videla no se la quiso dar", declaró uno de sus amigos.

"Ni siquiera puede salir a comprarse un par de zapatos... es un prisionero en su propia casa", agregó.

Los vecinos dicen que Vilas casi nunca abre en persona la puerta de su casa, y menos aún se aleja de la seguridad que le ofrece su cuadra bien vigilada, a menos que sea en un auto con chofer y con una escolta armada.

"Dice que en la noche los guerrilleros tiran piedras contra la casa. El cree que están tratando de calcular la distancia a la que tienen que arrojar la granada para matarlo", declaró uno de sus vecinos.

Por lo menos ha habido un troteo nocturno entre los guardias y elementos no identificados cerca de una cuadra de la casa de Vilas. Los vecinos tienden también a permanecer en el interior de sus moradas y caminar nerviosos al salir y entrar de sus casas.

Vilas está escribiendo un libro sobre la campaña de Tucumán, pero no tiene planes para el futuro, según dijeron fuentes del ejército. Su esposa y sus dos hijos son tan prisioneros como el mismo general, quien pese a todo no tiene intenciones de abandonar el país.

"Aquí es donde quiere quedarse. Está un poco amargado y se siente solo y no le gusta crear inconveniencias a los vecinos, pero quiere quedarse aquí en caso de que el ejército lo llame de nuevo", declaró uno de sus amigos.

"Es triste. Es el mejor y es un hombre joven... Todo lo que quiere es ganar la guerra", agregó.